

una ofrenda y piden la proteccion del espíritu. En las islas Samoa, en las que se cree que los espíritus de los muertos vagan por los bosques, «las gentes que penetran en el interior cuando trabajan, esparcen por aquí y por allá alimentos, como una ofrenda de pan, y pronuncian una ó dos palabras para implorar su proteccion.» Vemos como las ofrendas fúnebres se aproximan algo más, en el sentido de los sacrificios habituales, con la costumbre de poner aparte para el muerto una porcion de cada comida. Entre los Fijenses, nos dice Leeman, «sucede á menudo que los naturales, cuando comen ó beben alguna cosa, tiran parte, diciendo que la envian á sus antepasados difuntos.» Malcome refiere que los Bhils, cuando se les da una bebida, no dejan nunca de verter algo sobre el suelo antes de beber. Como sus antepasados difuntos son sus dioses, no es dudoso el sentido de esta costumbre. Así nos dice Smith que los Araucanos derraman parte de su bebida y arrojan al suelo algunos alimentos antes de comer y de beber. Finalmente, segun Drury, los Virzimbers de Madagascar, al sentarse para comer «toman un pedazo de carne y lo tiran por encima de su cabeza, diciendo: Esto para el espíritu.» Análogas costumbres tenian las antiguas razas históricas.

No es raro hallar la confesion del motivo por el cual en un principio se han hecho ofrendas al cadáver y despues á la tumba, y de que se celebren de vez en cuando fiestas y se aparte cada día una porcion de manjares. Leemos en Livingstone, que un Berotsé, que padecia de la cabeza, decia: «Mi padre me riñe porque no le doy nada de lo que como.» Le pregunté, añade el narrador, dónde estaba su padre. «Con los Borimos (los dioses),» replicó. Los Cafres, segun Gardiner, atribuyen todo acontecimiento desagradable al espíritu de un muerto, é «inmolan un animal para conciliarse su favor.» Los Amazulus hacen lo mismo. «Aquí teneis para que comais, dicen; espíritus todos de nuestra raza, acercaos. No digo á uno aquí teneis para que comais, porque sois celosos; sino que digo: Tú, fulano, ponés á este hombre enfermo, llama á todos los espíritus; y venid todos á comer estos alimentos.»

Por el motivo como por el procedimiento, la ofrenda de alimentos y de bebidas á los muertos tiene su analogía en la ofrenda de alimentos y de bebidas á una divinidad. Nótense los puntos de semejanza.

Al muerto como al dios se da una porcion de la comida. Cook nos dice que en las islas Sandwich, antes de comenzar á comer, los sacerdotes rezan una especie de plegaria y despues ofrecen manjares al dios. Lo mismo sucedia entre los Griegos de Homero que entre los Polinesios de Cook: «la parte ofrecida á los dioses del vino que se derrama y de la carne que humea en la mesa

del festin,» corresponde á la parte que los salvajes ofrecen á los espíritus de sus antepasados.

Lo mismo puede decirse de los sacrificios más considerables que se hacían en circunstancias especiales. Los sacrificios que se hacen para alcanzar favores, para precaverse de males, se hacen aquí á los espíritus, allá á los dioses. Cuando vemos á un jefe cafre matar un toro para alcanzar para la guerra que emprende el auxilio de un antepasado difunto, recordamos que «el rey Agamenon ofreció un buey cebado, de cinco años, al poderoso hijo de Saturno.» Cuando, entre los Amazulus, despues «de una abundante cosecha, sucede que el jefe de la poblacion oye en sueños una voz que le dirige estas palabras:—«¿Cómo es que despues de haber sido favorecidos con tan grande cantidad de alimentos no me dais las gracias?»—Y que al despertar sacrifica á los Amatongos (espíritus de los muertos), su sacrificio no difiere de la ofrenda de las primicias que en otras partes se hace á las divinidades. Otra vez refiere su sueño en estos términos: «Sacrifiquemos un pecador, no sea que el Itongo se irrite y nos haga morir.» Y esto nos trae á la memoria que varios pueblos sacrifican á los pecadores para alejar la cólera divina.

La identidad no es ménos completa entre los sacrificios que se hacen en épocas fijas. Como antes hemos visto, entre las oblaciones hechas á los muertos, las hay anuales que corresponden á las fiestas establecidas en honor de los dioses. Además, en ambos casos se toman por regla los fenómenos astronómicos.

La identidad se revela tambien en los objetos ofrecidos: son los mismos en tanto lo permite la naturaleza del país. En uno y otro caso se emplean bueyes, cabras, etc.; en uno y otro caso se usa pan y tortas; en uno y otro caso se hacen libaciones de la bebida local, de vino donde lo hay, de chicha en los pueblos americanos, de cerveza en los de África; en uno y otro caso se quema incienso y se ofrecen flores. En una palabra, se ofrece todo lo más precioso que se tiene, comprendido el tabaco. Ya hemos visto á un jefe africano tratar de ganarse el favor de los dioses vaciando en su honor su tabaquera. Entre los Cafres, cuando «se invita á los espíritus para comer, se les pone aparte cerveza y tabaco en polvo.» Ni siquiera hallamos diferencia en la preparacion de la ofrenda. Vemos ofrecer á los espíritus como á los dioses, alimentos crudos y otros cocidos.

Aun hay otra semejanza que notar. Se dice que los espíritus y los dioses se aprovechan de la misma manera de los sacrificios y que con ellos experimentan igual placer. En la *Iliada*, el motivo que da Júpiter para favorecer á Troya, es

que en sus altares no han faltado nunca los banquetes y las libaciones que le son debidos. En la *Odisea*, Minerva va en persona á recibir la ternera asada que se le ofrece, y recompensa al autor del sacrificio. Así, pues, los alimentos destinados á los dioses y los destinados á los antepasados son ofrecidos de la misma manera y producen los mismos efectos.

Finalmente, cosa significativa, sucede á veces que no se puede distinguir ninguna diferencia en la forma de los sacrificios ofrecidos á los espíritus y á los dioses. Los isleños de Sandwich depositan víveres delante del muerto lo mismo que ante las imágenes de los dioses. Entre los Egipcios, «las ofrendas presentadas á los muertos eran semejantes á las oblaciones ordinarias en honor de los dioses.» Guardábanse las momias en cámaras de donde oficiales de rango inferior las sacaban para llevarlas delante de un altar en que el sacerdote sacrificaba. Sobre este altar «se ofrecían libaciones é incienso, tortas, flores y frutas.»

Innegable es, pues, la existencia de una accion nunca interrumpida entre los alimentos depositados cerca de los muertos y los sacrificios religiosos en general. Se vé bien claro que los últimos se derivan de los primeros por gradaciones observables, y se vé aun mejor por la persistencia de los mismos rasgos esenciales en el sacrificio.

Hay razones para pensar que otra observancia religiosa nace incidentalmente al lado de las precedentes. Indudablemente es difícil remontarse hasta el origen del ayuno; pero ciertos hechos dan lugar á creer que el ayuno como rito religioso es una consecuencia de los ritos fúnebres. Es probable que su uso se haya establecido de más de una manera. Como á menudo sucede que sin quererlo el hombre primitivo pasa dias sin alimento, y que esta privacion le produce sueños maravillosos, el ayuno pasa al estado de procedimiento á que deliberadamente se recurre para tener entrevistas con los espíritus. Entre las diversas razas salvajes, como otras veces entre los Indios de los tiempos talmúdicos, esta razon es uno de los motivos del ayuno. En otras circunstancias, hay otro pero del mismo orden: se procura la excitacion extra-natural que se llama inspiracion. Pero además de los ayunos que reconocen estos motivos hay otros que provienen de las provisiones excesivas que se han hecho para el muerto. El ayuno, entonces, se convierte implícitamente en señal reconocido de respeto para el muerto, y finalmente en acto religioso.

Hemos visto en otro lugar hasta qué punto se lleva, en ciertos casos, la destruccion de los bienes del muerto, ganados, provisiones, sobre la tumba.

He citado hechos sacados de las costumbres de los Dayaks, en los que se ven sitios fúnebres que tienen por consecuencia la pobreza de los sobrevivientes, y otros sacados de las costumbres de Costa de Oro, donde «sucede de ordinario que los funerales arruinan por completo á una familia pobre.» Si, como en ciertas sociedades extinguidas de América, se llevaba á la tumba del muerto todo lo que poseía excepto sus tierras; si á la muerte de un Toda se sacrifica «todo su rebaño,» necesariamente su viuda y sus hijos han de sufrir gran miseria. Cuando se nos dice que los Chippeues no perdonan nada cuando uno de sus parientes muere, y que, entre los Bagos, la viuda de un jefe quema todas sus provisiones alimenticias en los funerales de su marido, no podemos ménos de concluir que su sacrificio dará por resultado privarla de alimentos. Y así sucede. Bancroft nos dice que «los Indios de las montañas Rocosas queman con el muerto todos sus efectos y hasta los de sus más próximos parientes, de suerte que no es raro que su familia quede reducida á absoluta desnudez.» Entre los Bagos de que acabamos de hablar, y que queman lo que pertenecía al muerto, «la familia del muerto, nos dice Caillé, arruinada por este acto de superstición, queda á cargo de los habitantes del pueblo hasta la recolección de la próxima cosecha.» Agrupemos á estos hechos, cuya relación de causa á efecto es tan evidente, otros hechos, en primer lugar el de Cruikshank, que los pueblos de la Costa de Oro añaden el ayuno á sus demás prácticas de duelo, y en segundo el que refiere Burton, que en el Dahomey «los parientes que están de luto deben ayunar;» ¿cómo no deducir que el ayuno, primeramente resultado del gran sacrificio hecho al muerto, se convierte en uso que significa este sacrificio y que persiste aun cuando no sea ya obligatorio por el empobrecimiento de los sobrevivientes? Hallaremos otra razón para sacar esta conclusión, observando que el ayuno era una ritualidad fúnebre entre pueblos extinguidos que consagraban á los muertos prácticas muy complicadas. Según Landa, los naturales del Yucatan «ayunaban por amor á los muertos.» La misma costumbre tenían los Egipcios: durante el duelo que seguía á la muerte de un rey «ordenábase un ayuno solemne.» Para los mismos Hebreos el ayuno y los vestidos de luto iban juntos.

La relación que une estas prácticas y estas ideas se halla afirmada por la relación análoga que resulta de las ofrendas que diariamente se hace á los muertos. La costumbre de retirar para los espíritus una porción de cada comida, ha de asociarse á menudo con la idea del sacrificio y el ayuno. Escaso de alimentos, como sucede frecuentemente al salvaje imprevisor, el abandono que hace de una parte de ellos en favor de los espíritus de sus antepasados, disminuye los

pocos que tiene y le deja hambriento; el hambre que así se acarrea por un acto de su voluntad se imprime en su espíritu como símbolo elocuente de deber para con los muertos. ¿Cómo pasa de este al estado de idea de un deber para con los dioses? Claramente lo vemos en la leyenda polinesia de Mani y de sus hermanos. Habiendo hecho una pesca muy abundante, Mani dijo á sus hermanos: «Puesto que he sido animoso y sufrido, no comais hasta mi vuelta; que no partan el pescado, sino que se deje hasta que haya yo hecho una ofrenda á los dioses por esta abundante cantidad de pesca sacada con la red... Volveré y podremos partir el pescado con toda seguridad.» Lo demás de la historia refiere la catástrofe enviada por la cólera de los dioses, porque los hermanos se habían puesto á comer antes que se hubiese celebrado el sacrificio.

Naturalmente, el ayuno, que tiene este origen y que presenta al hombre ocasiones para dominarse á sí mismo, llega á ser práctica de disciplina voluntaria á medida que su primitivo objeto ha caído en el olvido. Pero no pierde absolutamente todo lazo con la idea de que es un medio de obtener la aprobación de un poder sobrenatural, y la persistencia de esta idea viene en apoyo de la conclusión que hemos considerado probable.

Dejemos aquí este resultado indirecto que no hemos examinado sino entre paréntesis, y reanudemos nuestro estudio de los desenvolvimientos que transforman las ofrendas funerarias en ofrendas religiosas, que aun así llegaremos á prácticas muy poco distintas de las que acabamos de ocuparnos, pero que conviene estudiar por separado. Me refiero á actos de propiciación que consisten en sacrificar á los muertos personas humanas, y á actos en los que las personas que no se sacrifican, sacrifican, sin embargo, una parte de sí mismas.

Hemos visto que la inmolación de víctimas humanas en los funerales descansa sobre dos motivos: uno, la necesidad de proveer de víveres al muerto; otro, el de suministrarle servidores para la vida futura. Vamos á ocuparnos de estos motivos en este orden.

No olvidemos que el canibalismo reina entre los hombres primitivos, y que se supone que el otro yo de un hombre gusta de los alimentos con que se deleitaba en vida; desde entonces, entre los Caníbales, la ofrenda de carne humana á los muertos, como medio propiciatorio, es cosa inevitable. Los Fijioses, estos feroces antropófagos, que entierran consigo víctimas, y cuyos jefes divinizados van á reunirse con dioses «para quienes la carne humana es todavía la ofrenda más grata,» los Fijioses nos muestran la serie completa de las consecuencias: el canibalismo durante la vida, espíritus caníbales, divinidades caní-